

V

VIRTUD

Sigue el rey con emoción,
pero con noble actitud:

—¿La virtud es la ilusión?
¿Es prueba una buena acción
de que hay tipo de *virtud*?—

Y un sabio:—Hay virtud cumplida—
responde,—si hay quien se atreva
á obrar siempre como deba;
mas ¿puede haber en la vida
juicio que esté á toda prueba?—

De este sabio á la opinión
se adhiere otro sabio más:
—¿Qué es virtud, en conclusión,
si hay puntos donde jamás
resiste nuestra razón?

—La virtud—dice un pagano—
es el placer que va unido
al bello ideal humano.

—La virtud—dice un cristiano—
es el deseo vencido.—

Y exclama la juventud:
—La virtud no es la fortuna.—
A lo cual la multitud
dice:—Mas, sin duda alguna,
la fortuna es la virtud.—

Y un hombre que, irracional,
toma por ciencia el desdén,
dice:—Regla general:
dudad cuando os hablen bien;
creed cuando os hablen mal.

—Es tristeza.—Es el contento.
—Es sufrir.—Es la salud.—

Y un epicúreo opulento
prorrumpe:—¡Virtud! ¡virtud!
Cuestión de temperamento.

A este axioma el Rey—No hay tal—
á replicar se apresura;—
la virtud es inmortal;
si el mundo es un cenagal,
buscadla siempre en la altura.

VI

RELIGIÓN

Una tras otra ilusión
mirando desvanecidas,
—Veamos la *Religión*,—
dijo el gran Rey, ya caídas
las alas del corazón.

Uno:—Es fe.—Y otro:—Es conciencia.
—Es lo eterno.—Es el no ser.
—Es fúerza.—Es benevolencia.
—Es de Confucio la ciencia.
—Es de Mahoma el placer.

—¡Silencio!—el gran Rey profiere,
la religión viendo hollada;—
creer sólo lo que agrada
es todo lo que se quiere,
y lo que es todo no es nada.

¡Inútilmente, traidora,
dardos la impiedad te lanza,
religión que el mundo adora,
fuente de nuestra esperanza,
de esta virtud que no llora!

¡Nunca el alma racional
podrá creer que eres sueño,
bálsamo de todo mal,
luz á través de la cual
todo en el mundo es pequeño!

VII

Calló, y á una cortesía
que hizo al pueblo el rey, de pie,
todo el concurso aquel día
creyendo lo que creía,
por donde vino se fué.

LIII

AMOR Y GLORIA

Sobre arena y sobre viento
lo ha fundado el cielo todo,
lo mismo el mundo del lodo
que el mundo del sentimiento.
De amor y gloria el cimienta
sólo aire y arena son.

¡Torres con que la ilusión
mundo y corazones llena,
las del mundo sois arena,
y aire las del corazón!

LIV

NUNCA OLVIDA QUIEN BIEN AMA

Ya que este mundo abandono,
antes de dar cuenta á Dios,
aquí para entre los dos
mi confesión te diré:
—Con toda el alma perdono
hasta á los que siempre he odiado.
¡A ti, que tanto te he amado,
nunca te perdonaré!

LV

TODO ES UNO Y LO MISMO

(Axioma de Schelling)

A mi amigo el marqués de Molina

PRIMERA PARTE

Á LO IDEAL POR LO REAL

I

Juan amaba tanto á Luisa
como á Luis quería Juana;
y aunque me exponga á la risa
de la multitud liviana,
diré que su simpatía
rayaba en tales extremos,
cual la que tener podemos,
tú á tu esposa, y yo á la mía.
Sí, marqués, no os cause espanto
el que ponga frente á frente
su encanto con nuestro encanto;
pues podéis creer firmemente
que, aunque no se amasen tanto,
se amaban inmensamente.

II

Mas la muerte, esa tirana
que siempre el mal improvisa,
llevándose á Juan y á Juana,
solos dejó á Luis y Luisa.

III

Llorando la mala suerte
de los dos que se murieron,
los vivos casi estuvieron
á las puertas de la muerte.
¡Siempre á nuestra vida humana
es otra vida precisa!
Así Luis quedó sin Juana,
como al perder á Juan Luisa,
sin que nadie amenguar pueda
las lágrimas ¡ay! que llora;
como se queda el que queda
cuando al que se va se adora.

IV

Desde entonces, poco á poco,
tan loca ella como él loco,
por cuantos sitios frecuentan,
marchan con pasos inciertos
¡tan tristes! ¡tan pensativos!
que parece que alimentan
las almas de los dos muertos
los cuerpos de los dos vivos.
Y al verlos tan sólo atentos
á su ventura ilusoria,
sombra de dos pensamientos
que alumbran desde la gloria,
llama la gente liviana,
sirviendo al vulgo de risa,
«la loca por Juan» á Luisa,
y á Luis «el loco por Juana.»

V

¡Luisa feliz, que en un duelo
coda su delicia encierra,
cual ángel que por la tierra
cruza de paso hacia el cielo!
Sueña, sueña, ángel hermoso,

en tu dicha malograda,
 porque la dicha soñada
 ¡es un sueño tan dichoso!...
 ¡Dichoso Luis! Sus tormentos,
 en su sueño delicioso,
 trueca en bellas ilusiones,
 lo que es horrible, en hermoso,
 la realidad, en visiones,
 días de angustia, en momentos...
 ¡Una y mil veces dichoso
 aquel que sus sensaciones
 transfigura en pensamientos!

SEGUNDA PARTE

Á LO REAL POR LO IDEAL

I

Rogar con cierto misterio
 en un cierto cementerio
 á una sombra se divisa;
 es que por Juan reza Luisa.
 Otra sombra que hay cercana,
 es Luis que reza por Juana.
 Se lamentan los dos vivos
 por sus muertos respectivos
 con corazón tan ardiente,
 que al mirarse frente á frente,
 dicen la una y el uno:
 —¡Qué importuna!—¡Qué importuno!—
 y Luis huyendo de Luisa,
 y Luisa de Luis huyendo,
 se marchan, casi corriendo,
 y corren, casi de prisa.

II

En el mismo cementerio
 y con el mismo misterio
 se hallan los dos otro día,
 y mientras Luisa exclamaba:
 —Cuando mi amante vivía
 le hallaba donde le hallaba,
 y hoy, que en la tumba me espera,
 su sombra está dondequiera,—
 lanzando quejas amantes,
 dice Luis del mismo modo:

—Si todo estaba en ti antes,
 ahora tú estás en todo.—
 Y esta vez menos esquivos,
 ó de agradarse más ciertos,
 después de orar por los muertos
 se hablaron algo los vivos.

III

Desde entonces los amantes
 dijeron, siempre con fuego,
 una larga oración antes,
 y un corto diálogo luego;
 mas consignar bien importa
 que, después de algunos días,
 se fueron haciendo cargo
 que la oración ya era corta
 y el diálogo era ya largo.

IV

Saliendo del cementerio,
 mas ya sin ningún misterio,
 se miraron otro día,
 diciendo, ¡quién lo creería!
 —¡Es buen mozo!—¡Pues es bella!
 —¡Pero aquél!—¡Ay! ¡Pero aquélla!...—
 Y ella de amor suspirando,
 y Luis aún de amores loco,
 ya no corren, van marchando,
 pero marchan poco á poco.

V

Así el buen mozo y la bella,
 al promediar la semana,
 ¡oh fidelidad humana!
 —¡Se parece á Juan!—dice ella;
 y él dice:—¡Parece Juana!—
 (¡Pobres Juana y Juan!) Dicho esto,
 uno con otro se junta,
 haciéndolo él, por supuesto,
 en honor de la difunta;
 y ella admitiéndole al lado
 con temor aun no fingido,
 pues si el vivo era ya amado,
 aun el muerto era querido.

VI

Mas era tal la insistencia
de su enamorada mente
en dar á su amor presente
de su muerto amor la esencia,
que su alma, siempre indecisa,
piensa que mira realmente
en Luis, de Juan la presencia;
la sombra de Juana, en Luisa.
Y es que nuestro sentimiento,
por arte de encantamiento,
haciendo cuerpo la idea
y lo ya muerto existente,
transfigura eternamente
lo que ama en lo que desea.

VII

En conclusión; cuando se aman
con un amor verdadero,
así mutuamente exclaman:
—¡Como á él y por él te quiero!
—¡Te amo como á ella y por ella!—
Así el buen mozo y la bella,
fingiendo vivo lo muerto
y haciendo falso lo cierto,
que eran los muertos creían,
creyendo lo que querían.
Y desde entonces, el duelo
trocando todos en risa,
Luisa á Luis y Luis á Luisa,
después de aquella semana,
se prestan mutuo consuelo,
creyendo que Juan y Juana
harán lo mismo en el cielo.

LVI

EL SEXTO SENTIDO

I

Viendo en el mundo el Señor
desorden por dondequiera,
quiso darle un director
y dijo de esta manera:
—Cinco sentidos di al hombre,
y no me entiende jamás.

Daré á un ser que al mundo asombre
un sexto sentido más.

Quiero hacer al mundo don
de un hombre de alma gigante,
grande cual la religión,
como la gloria brillante.

Fe y saber broten sus labios
cual brota el verano flores,
más docto que los más sabios,
más bueno que los mejores.

De la humana criatura
cese el eclipse moral.
¡Salve á mi mejor hechura!—
dijo, y nació Blas Pascal.

II

Al ver pasar su existencia,
ya meditando, ya orando,
con mucha fe y más paciencia,
dice un hombre meditando:

—¡Oh Dios! Cuanto más comprendo,
menos soy yo comprendido;
¡qué cilicio es tan horrendo
el don de un sexto sentido!

Si bestia al hombre llamé,
los ángeles murmuraron;
cuando ángel le apellidé,
las bestias me calumniaron.

Mi talento y su talento
no están de acuerdo jamás;
ó quitame el pensamiento,
ó dáselo á los demás.

Hallo sus deseos locos,
sus pensamientos informes,
sus remordimientos pocos,
sus sensaciones deformes.

Con lo porvenir sostienen
de lo presente el afán;
¡porvenir! ¡sombras que vienen!
¡presente! ¡sombras que van!

Da fe el hombre á su provecho,
y cree sólo en su interés;
y el que ve el mundo al derecho,
dice que lo ve al revés.

¡Señor! ya á tan hondo anhelo
mi corazón se rindió,
enfermo del mal del cielo.—
Dijo Pascal, y enfermó.

III

Entre oración y oración,
entre llorar y gemir,
á un hombre, un santo varón
le ayuda así á bien morir.

—¡Cuántos afanes perdidos
en crear tan noble hechura!
Para los cinco sentidos,
el tener seis es locura.

De gozar el mundo ahito,
fijo sólo en lo presente,
ni sospecha lo infinito,
ni la eternidad presiente.

¡Qué condición tan menguada!
Mezcla el hombre de alma y lodo,
para lo infinito es nada,
si para la nada es todo.

De orgullo y de envidia llenos,
cual siempre, dejan atrás
los muchos que saben menos,
al uno que sabe más.

Para el mundo, que sin fe
presume mucho y ve poco,
es necio el que menos ve,
y el que ve más es un loco.
¡Pascal, pues con santo anhelo
te mata del cielo el mal,
vuélvete á tu patria el cielo!...—
Dijo, y murió Blas Pascal.

LVII

LOS DOS PECADORES

Tú pecas porque me adoras,
y yo peco por gozar,
y en tan diverso pecar,
yo río cuando tu lloras.
¡Maldigo mis dulces horas,
y bendigo tu tormento!
Podrá tu remordimiento
llevarte á un dichoso estado.
¡Yo sí que soy desdichado,
que peco y no me arrepiento!

LVIII

MUERTOS QUE VIVEN

A mi hermano político don José María Valdés, en la muerte de su hija Guillermina

Con tierna melancolía
van á una niña á enterrar,
y el padre, al verla pasar,
dice llorando:—¡Hija mía!
¡La pierdo cuando aun vivía
con la fe de la ilusión!...—
Mas se templó su aflicción
mirando al cortejo, y viendo
tantos que, sin fe viviendo,
llevan muerto el corazón.

LIX

LAS DOS LINTERNAS

A don Guillermo Laverde Ruiz

I

De Diógenes compré un día
la linterna á un mercader;
distan la suya y la mía
cuanto hay de ser á no ser.

Blanca la mía parece;
la suya parece negra;
la de él todo lo entristece;
la mía todo lo alegra.

Y es que en el mundo traidor
nada hay verdad ni mentira:
*todo es según el color
del cristal con que se mira.*

II

—Con mi linterna—él decía—
no hallo un hombre entre los seres.—
¡Y yo que hallo con la mía
hombres hasta en las mujeres!

El llamó, siempre implacable,
fe y virtud teniendo en poco,
á Alejandro, un miserable,
y al gran Sócrates, un loco.

Y yo ¡crédulo! entretanto,
cuando mi linterna empleo,
miro aquí, y encuentro un *santo*;
miro allá, y un *mártir* veo.

¡Sí! mientras la multitud
sacrifica con paciencia
la dicha por la virtud
y por la fe la existencia,
para él virtud fué simpleza,
el más puro amor escoria,
vana ilusión la grandeza,
y una necedad la gloria.

¡Diógenes! Mientras tu celo
sólo encuentra sin fortuna,
en Esparta algún *chicuelo*
y hombres en parte ninguna,
yo te juro por mi nombre
que, con sufrir el nacer,
es un héroe cualquier hombre,
y un ángel toda mujer.

III

Como al revés contemplamos
yo y él las obras de Dios,
Diógenes ó yo engañamos.
¿Cuál mentirá de los dos?
¿Quién es en pintar más fiel
las obras que Dios crió?
El cinismo dirá que él;
la virtud dirá que yo.

Y es que en el mundo traidor
nada hay verdad ni mentira:
*todo es según el color
del cristal con que se mira.*

LX

EL MAYOR CASTIGO

Cuando, de Virgilio en pos,
fué el Dante al infierno á dar,
su conciencia, hija de Dios,
dejó á la puerta al entrar.

Después que á salir volvió,
su conciencia el Dante hallando,
con ella otra vez cargó;
mas dijo así suspirando:

—Del infierno en lo profundo,
no vi tan atroz sentencia
como es la de ir por el mundo
cargado con la conciencia.

LXI

MÚSICAS QUE PASAN

Todas las cosas pasan, y tú con ellas.
(KEMPIS, lib. XI, cap. I.)

A mi querido amigo don Facundo Goñi

I

¡Música!—¡Qué aliento dan,
y qué esperanza sin fin,
el *re-tin-tín* del clarín,
del tambor el *ra-ta-plán!*
¡Ya aproximándose van!
¡Tambor y clarín resuenen!
¡Cuál la esperanza entretienen!
¡Cómo el corazón abrasan!
Estas músicas que pasan,
¡qué alegres son cuando vienen!

II

¡Música!—Conforme avanza
ya el tambor ó ya el clarín,
causa aliento el *re-tin-tín*,
da el *ra-ta-plán* esperanza.
Se aleja... y ya en lontananza,
más bien que gozoso afán,
tristeza sus ecos dan.
¡No hay bien seguro en el mundo!
¡Qué lúgubres son, Facundo,
las músicas que se van!

III

¡Ay! ¡Ni al principio ni al fin
nos dan á algunos ardor
el *ra-ta-plán* del tambor,
del clarín el *re-tin-tín!*
—¡Tu esplín, Facundo, y mi esplín,
para músicas están!

¡Poco nuestro antiguo afán
las músicas entretienen,
ni cuando alegres se vienen,
ni cuando tristes se van!

LXII

EL CAFÉ

A mi amigo don Enrique Saavedra, marqués de Auñón

I

¡Café!—Tal es la cuestión:
¿Hizo Cabanis tan mal
al decir que es la razón
fruto de una digestión
de la masa cerebral?
Sin ir más lejos, marqués,
¿cómo me podrás negar
que el rico café que ves,
ó es cosa que piensa, ó es
materia que hace pensar?
¡Gloria á ese vital licor,
espíritu material,
ó, si os parece mejor,
materia espiritual;
incomprensible hacedor
de una dicha artificial;
secreto elaborador
de un frenesí racional!
¡Yo no extrañaré, pardiez,
que su semilla al probar,
las aves alguna vez,
en deliciosa embriaguez,
hablen en vez de cantar!

¡Otra taza! y ¡otra!—A fe
que asegura con razón,
no sé quién ni sé por qué,
ni recuerdo en qué centón,
que en cada grano el café
lleva un sabio en embrión...
Yo quiero ser sabio... ¿oís?
dadme sabiamente, pues,
una taza, y dos, y tres...
¡Marqués! ¡querido marqués!
¿tendrá razón Cabanis?

II

¡Café! ¡y más café!—Ven, tú,
á dar á mi sangre ardor,
del sueño infalible *bu*,
maná que oxida el dolor,
bálsamo á cuya virtud
mi prematura vejez
siempre recobra otra vez
la alegría y la salud.

Admiraos y escuchad:
por descubrir del café
él sólo la propiedad,
sin duda tan sabio fué
el diablo en la antigüedad.
¿Decís que no? Pues yo sé
de un sapientísimo autor
que dice y prueba que fué
de Numa el legislador
la ninfa Egeria, el café;
y añade, poco después,
que fué este noble licor
de Sócrates, sabio autor,
el genio, diablo ó lo que es.
De modo, caro marqués,
que con este talismán
han vuelto el mundo al revés,
del uno al otro' confín,
Sócrates, Numa y Satán,
y cuantos brujos, en fin,
han sido, son y serán.

Esto es lo cierto. Y si no,
¿quién como el café marcó
de la fortuna el vaivén,
y á Napoleón arrastró
hoy al mal, mañana al bien?
¿Que quién tal cosa creyó?
Todos; y á más creo yo
que ya feliz, ya infeliz,
acaso una gota más
le dió el triunfo de Austerlitz,
y una de menos quizás
le hizo huir en Waterloo.
Y aun pienso otra cosa, y es
que obedeciendo, marqués,
á la rara propiedad
de un café de calidad,
gaje de algún holandés,

corriendo en la inmensidad
Benito Espinosa, en pos
de una infinita verdad,
lanzó esta inmensa impiedad:
—Dios es todo, y todo es Dios.—
¿Tengo ó no tengo razón?
Pues antes de concluir,
todavía vais á oír
la más extraña opinión
que muchas veces á herir
viene mi imaginación,
y es que llegó á presumir
si será el café ese ser
que en una edad y otra edad
siempre aspira á comprender
la mísera humanidad.
¿No es cierto, Padre Voltaire?
Marqués de Auñón, ¿no es verdad?

III

¡Café! ¡café! y ¡más café!
Ahitadme de ese elixir,
pasto de almas, sin el cual
fuera el humano existir
casi un sueño vegetal,
pues en eléctrico ardor,
en el sér más baladí
hace del afecto amor,
y del amor frenesí...
¡Ah! ¡que caiga sobre ti
del orbe la bendición,
del alma sabroso pan,
borrachera de ilusión,
á cuya mágica acción
es un Etna el corazón,
es la cabeza un volcán!
¿Y quién no honrará el poder,
marqués de Auñón, de un licor
que hasta hace alegre el dolor,
que hace más vivo el placer,
que da al brazo más vigor,
á la mente inmensidad,
á los ojos claridad,
al corazón más amor,
y alas á los mismos pies...
tanto, que, como tú ves,
no echo á volar por un tris?...
¡Marqués! ¡querido marqués!
¿tendrá razón Cabanís?

LXIII

DRAMAS DESCONOCIDOS

Cuando el pueblo á Otelo vió
que, matando á la que adora,
dice:—Muera la traidora
que el alma me asesinó,—
tu rostro el color perdió
llorando el fin de la bella;
yo, de él pensando en la estrella,
dije mirándote:—¡Infiel!
¡si no te mato como él,
me asesinaste como ella!--

LXIV

LA METEMPSICOSIS

I

Hallé una historia, lector,
en un viejo pergamino,
donde prueba un sabio autor
¡ay! que el variar de destino
sólo es variar de dolor.

II

FLOR

—Flor, primero, abandonada
entre unas yerbas broté,
envidiosa y no envidiada;
sin ver sol me marchité,
llorando y sin ser llorada.

BRUTO*

—A bravo alazán subí,
y de victoria en victoria,
tras mil riesgos, conseguí
para mi dueño la gloria
y la muerte para mí.